

Goldchluk, Graciela

Archivo y domicilio: El lugar del archivo

VI Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística

7 al 9 de agosto de 2013

CITA SUGERIDA:

Goldchluk, G. (2013) Archivo y domicilio: El lugar del archivo [en línea]. VI Jornadas de Filología y Lingüística, 7 al 9 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3859/ev.3859.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Archivo y domicilio: el lugar del archivo

Graciela Goldchluk

Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El trabajo se ocupa del archivo como lugar donde se cuidan documentos y donde se propicia el acontecimiento de la lectura. Presenta la tensión entre lo establecido y lo inesperado que sucede en el encuentro con una disposición que puede provocar una mirada. Toma en consideración, para ello, los edificios donde se conservan archivos y los lugares virtuales, que deben resguardarse en una forma de legalidad basada en la construcción colaborativa del conocimiento, exponiendo el archivo.

ARCHIVO – DOMICILIO – ACONTECIMIENTO - INTERNET – CREATIVE COMMONS

El archivo es un espacio y a su vez, el archivo acontece en un espacio. A mi modo de ver, esta proposición doble implica dos momentos del archivo: su construcción (constante como su destrucción), y su lectura, su posibilidad de organizar sentidos, de dar lugar a aquello que no podía surgir en la estructura mental y material vigente en el momento en que se guardaron los documentos. De algún modo, el lugar del archivo en la construcción de una mirada que nos sirva para indagar la literatura y el mundo a través de un resquicio que antes no estaba ahí. He aquí el sentido de estas Jornadas en las que el simposio acontece: la posibilidad de reflexionar no sobre la construcción de un edificio de pensamiento que nos convierta en burócratas de un estado de cosas, sino sobre la presencia de un azulejo que, como en el cuento de Mujica Láinez, abra la puerta a los imponderables acaeceres de esa construcción; allí donde faltó lo que estaba previsto, ocurre un gesto de amor que termina por burlar a la Muerte nombrándola Mme. La Mort¹. Esto sucede, sólo puede suceder ahí, en un arrabal del mundo y con el embeleso de una lengua ajena; en estos arrabales y con el oído atento a las conversaciones donde se mezclan voces lejanas con la intimidad del patio, nos movemos.

El cronotopo del archivo

En la clásica definición de Bajtín², a través del cronotopo el tiempo “se condensa, se comprime y se hace artísticamente visible; y el espacio, a su vez, se *intensifica*, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia” (270, destacado mío). Esta categoría le permitió al teórico ruso plantear la coexistencia de temporalidades heterogéneas y señalar cómo determinados espacios estructuran una determinada visión del mundo. En nuestros días, pensar el tiempo del archivo ha sido la primera urgencia. Si el modo de pensar el archivo había estado por mucho tiempo identificado con una imagen clausurada de pasado inaccesible, los archivos del siglo XX desafiaron esa clausura con la obstinación de su presencia y encontraron en el futuro anterior, el tiempo anacrónico del acontecimiento, la manera de poner en palabras, de archivar, un concepto de por sí an-archivable (es decir resistente a la clasificación y estabilización). Es el tiempo que nunca coincide con los hechos, sino que está siempre más adelante o más atrás (lo que habrá sido) condensado y comprimido en la continuidad de los documentos que se acomodan unos junto a otros, según una lógica que permite ver capas geológicas de diferentes instancias de ocurrencia, se hace presente, sucede, en el espacio del archivo. Es en este caso el espacio el que penetra el tiempo que creíamos sucesivo y lo pone a durar, lo hace presente, pero a condición de que reparemos en su condición de liminar, hacia fuera y hacia adentro, como un margen en la hoja, como un tímpano. Pensamos el archivo como

¹ En el cuento de Mujica Láinez, un azulejo con el dibujo de un hombrecito, ubicado en un rincón para ocultar su diferencia, conversa una noche entera con La Muerte que acecha al niño de la casa y logra de ese modo salvarlo.

² Bajtín (1986) llama cronotopo “a la conexión esencial de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura”, que también existe “en las otras esferas de la cultura” (269).

un territorio conformado por el espacio entre sus documentos más que por los documentos mismos, por sus relaciones de contigüidad y líneas de fuga; otro modo de concebirlo, estamos convencidas, produce como efecto inmediato su desintegración: por ejemplo, la desintegración del papel guardado en un estante al que nadie accede porque no tiene los permisos o porque, de todos modos, ya otro lo “descubrió” antes y no queda nada por decir (algo que se descubre frente algo que se inventa con la mirada: una experiencia americana). Mientras perduremos en buscar un sentido que estaría depositado en alguno o algunos de los documentos que el archivo custodia, estaremos condenados a representar uno de los papeles que Kafka distribuye en “Ante la ley”. Sólo quedaría, de ese modo, sentarnos a las puertas de la Ley, envejecer y morir ya casi sin articular palabra, como el campesino, o ser uno de los guardianes, el último de ellos, temeroso a su vez del poder del tercero, tan terrible que no podríamos soportar su vista.

Encontramos una arquitectura productiva del archivo, otra estructura mental posible, en los lugares de tránsito que habilitan los edificios. Si el hombrecito del azulejo del cuento de Mujica Láinez pudo tener existencia fue porque “el obrero que ornamentaba el zaguán (...) lo colocó en un extremo, junto a la historiada cancela que separa zaguán y patio” (300). Sólo en ese lugar, donde pasaron sin verlo señoras y criadas, médicos, lecheros y pescadores, la diferencia de ese azulejo que no era como los otros pudo ponerse a existir. El umbral entonces se erige como cronotopo pertinente para pensar el archivo: entre el afuera y el adentro, es el sitio donde todas las conexiones son y se hacen posibles y donde el tiempo se desordena al punto de distraer a la muerte³. Un archivo, desde esta perspectiva, se define como un edificio, oficina, mueble, un lugar físico donde albergar las huellas materiales de un modo de existencia o de un acontecimiento (definición que ya está presente en los diccionarios de la lengua y los especializados), pero ese espacio, si acontece bajo la forma del umbral, sólo existe para establecer conexiones. Como el edificio parisino de Georges Perec, en *La vida. Instrucciones de uso*, que sirve como espacio de entrecruzamiento de vidas, diferencias, historias, las que no se entienden por sí mismas, ya que “sólo las piezas que se hayan juntado cobrarán un carácter legible, cobrarán un sentido: considerada aisladamente, una pieza de un puzzle no quiere decir nada”.

El edificio del archivo

El archivo, lo dijimos y lo repiten los diccionarios, es un edificio. Se llama archivo al lugar donde este se constituye. En informática, la RAE sugiere en su última modificación del término, nombrar archivo al “espacio que se reserva en el dispositivo de memoria de un computador para almacenar porciones de información que tienen la misma estructura y que pueden manejarse mediante una instrucción única” y sólo en segundo término, al “conjunto de la información almacenada de esa manera”. Si *arché* en griego, nombra el origen, y de ahí fundamento, y finalmente poder, el *arkeion* es la residencia de los magistrados. La lectura de Derrida (1997) nos ayudó a pensar que es en el lugar que se guarden y cómo se guarden, lo que va a determinar cómo leer los documentos. Más precisamente, es la técnica de consignación, imposible de pensar sin una ley que la organice, lo que permitirá una o múltiples lecturas y autorizará una o varias firmas que enuncien y garanticen, ya sea un sentido presentado como absoluto, ya sea la construcción de sentidos estratégicos y siempre provisionales. Los contenidos albergados dependen directamente del tipo de institución archivística que podamos construir.

Por otra parte, la destrucción del archivo, comenta Didi-Hubermann en «El archivo arde», no es un accidente, sino su condición de existencia; lo que es excepcional es que los archivos subsistan, lleguen hasta nosotras y nosotros a través de la censura, los incendios, las inundaciones. Derrida (2013), por su parte, termina su intervención en la mesa redonda «Archivo y borrador» con una consigna, casi una arenga:

³ Para Bajtín (1993), es el cronotopo de la sátira menipea, género cómico-serio que en situaciones ridículas y a menudo escatológicas discute problemas filosóficos, y que se ubica en un tiempo fuera del tiempo, entre la vida y la muerte.

Si hay una preocupación y un sufrimiento en torno al archivo es porque sabemos que todo puede ser destruido sin resto. No solamente sin huella de lo que ha sido, sino sin memoria de la huella, sin el nombre de la huella. Y eso es a la vez la amenaza del archivo y la posibilidad del archivo. El archivo debe estar afuera, expuesto afuera. (233)

Hay en esta exhortación toda una concepción de la democracia por venir, si los archivos pueden desaparecer, en lugar de enclaustrarlos deben estar afuera, expuestos afuera. Expuestos a la lectura, a la repetición, a la huella. En este contexto, Internet parece venir a responder todas nuestras plegarias, si lo pensamos como una red de múltiples conexiones (que lo es) donde todo parece estar a disposición de quien quiera buscarlo (y acá empiezan nuestros problemas); o encarnar todas nuestras pesadillas, si lo pensamos como un dispositivo al servicio de los grandes capitales con sede cierta en el Imperio. Recientemente, el caso del espía Snowden encendió las alarmas más impensadas. Leo en un artículo de *Página/12*: “Es imperativo cambiar nuestra cultura de la red, ser más responsables y, de la misma manera que ocurre con el entorno físico, tomar conciencia del peligro virtual que nos acecha y, desde luego, protegernos” (Febbro 2013). Internet aparece ahora como la red tejida por una araña que urde un laberinto de espejos para ocultarse en el centro. La solución, construir barrios cerrados, tejer las propias telarañas y evitar el envío de mails por las vías habituales, como las usadas para enviar el que probablemente contenía un archivo adjunto con la nota publicada.

Lo cierto es que los servidores principales están en Estados Unidos y nuestros datos (los que donamos, por ejemplo a Facebook, de manera ordenada, es decir formateados para facilitar su análisis) se rigen por leyes locales del país del Norte, pero también es cierto que una vez que existe una tecnología, todos los esfuerzos por controlarla resultan inútiles. Puede prohibirse la impresión de libros o quemarse filmes impropios, en general eso garantiza su proliferación.

Entre la ilusión global del capitalismo y la paranoia individualista que genera esa misma lógica, los pueblos del sur podemos recordar la Minga, esa institución precolombina que organizaba el trabajo agrícola comunitario, de carácter colaborativo, y que subsiste en algunas comunidades sin que se confunda con la caridad o el intercambio⁴. En ese camino vamos cuando firmamos que queremos que nuestros datos y nuestros trabajos se publiquen bajo las normas de Creative Commons, en el sitio de una institución pública. Es decir que no los lanzamos a “las autopistas informáticas” sino que los albergamos en un domicilio virtual cierto, en una Institución que está en condiciones de protegerlos porque no los va a usar como moneda de cambio, sino que los cuidará exponiéndolos afuera, a la lectura.

Bibliografía

Bajtín, Mijaíl (1986) [1937-1938]. “Formas del tiempo y el cronotopo en la novela. (Ensayos sobre poética histórica)”. *Problemas literarios y estéticos*, La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 269-468.

Bajtín, Mijaíl (1993) [1977]. “La palabra en Dostoievski”. *Problemas de la poética de Dostoievski*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 253-286.

Derrida, Jacques (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta.

Derrida, Jacques, et al, (2013) [1995]. “Archivo y borrador”, en: G. Goldchluk y M. Pené (comp.) *Palabras de archivo*. Santa Fe: Editorial de la UNL, 207-235. Traducción de Anabela Viollaz y Analía Gerbaudo.

Diccionario de la Real Academia Española, 22ª edición (2001). Disponible en: www.rae.es

Didí-Huberman (2007). “El archivo arde” / “Das Archiv brennt”, en: Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.). *Das Archiv brennt*, Berlin, Kadmos, 7-32. Traducción de Juan Ennis para la cátedra de Filología Hispánica. Disponible en: <http://filologiaunlp.wordpress.com/bibliografia/>

⁴ De hecho, varios de los repositorios de Internet se conforman de esa manera, causando alarma entre los devotos del copyright, que los combaten con mucha más saña que a la mafia que lucra con copias pirata de éxitos de taquilla, contemplados en los costos de producción y recuperos.

Febbro, Eduardo (2013). "El gran espía estadounidense acecha a Europa". *Página/12*, 4 de agosto: 27. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-225987-2013-08-04.html>.

Kafka, Franz (1987) "Ante la ley". *La condena y otros relatos*, Madrid, Akal, 41-43.

Mujica Láinez, Manuel (1951). "El hombrecito del azulejo. 1875". *Misteriosa Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 299-309.